RECUERDOS

DE

D. PEDRO ESCOBEDO.

Mi primer cuidado en el momento que llegué á Jalapa, fué el de informarme de la casa que habitaba D. Pedro Escobedo. Se me indicó, y fuí en el acto.

El tiempo habia estado húmedo y nebuloso, y los males del enfermo se habian agravado considerablemente. Su cabeza estaba en un estado de debilidad tan grande, que los facultativos que lo asistian prohibieron aun á su misma esposa y parientes, que le hablasen; así es, que me retiré sin verlo.

Al dia siguiente volví, y como continuaba grave, tambien me fué imposible saludarle. Dejé pasar algunos dias, siempre informándome del estado de sus males.

Una mañana, Jalapa descorrió el espeso velo de nubes que habia tenido por muchos dias, el sol apareció espléndido y radiante en un cielo azul, y yo

pensé naturalmente que el cambio de temperatura influiria en la mejora de la salud de Escobedo. Fuíme, pues, á su casa, y supliqué que le entregaran una tarjeta de visita, pues me era imposible resistir al deseo que tenia de verle y de saludarle, segun me lo habian recomendado sus amigos.

Luego que vió mi nombre, dió órden que me introdujeran á su recámara.

Es necesario haber visto, ó al menos tener idea de esas primorosas casitas de Jalapa, aseadas y alegres, con su patio lleno de naranjos, guayabos y floripondios, para valuar el contraste que presentaba tanta pompa y tanta hermosura de la naturaleza, con el estado de postracion y abatimiento del pobre enfermo. Su catre estaba colocado frente á una ventana entrecerrada; pero que sin embargo, dejaba ver á los naranjos de esmalte cubiertos de frutos de oro, mecidos suavemente por la brisa aromática que de tiempo en tiempo soplaba. En ese lecho de dolor, estaba recostado entre almohadas Escobedo. Eran muy bien aquellas facciones marcadas y espresivas de su rostro; pero ¡cuán hundidas estaban sus megillas, cuán tristes sus ojos vivos y radiantes en los dias de su salud, cuán cárdenos aquellos lábios, y aquellos contornos de los ojos y carrillos!

Luego que me vió, quiso incorporarse en el lecho, é intentó tenderme sus brazos desfallecidos.

—Mucha pena causará á vd., me dijo, abrazar á un enfermo; pero me dicen que viene vd. á visitarme de parte de mis amigos de México, y es preciso que reciban vd. y ellos, esta muestra de que en me-

dio de mis dolencias no se han apartado un instante de mi memoria.

Toméle los brazos y le ayudé á ponerles en mi cuello: por mi parte tomé con los mios su noble frente, y la puse sobre mi hombro.—Su vista de vd., continuó con voz pausada, me ha causado una emocion indefinible: necesito llorar.

Reclinó su frente en mi pecho, y lloró abundantes lágrimas. En cuanto á mí, no sé lo que me sucedia; estrechaba yo en mi corazon á este hombre tan eminentemente sensible, con la emocion que pudiera hacerlo con una querida. No digo que lloré, porque todo el mundo se lo supondrá. Cualesquiera hubiera llorado en mi lugar. Si Escobedo hubiera tenido enemigos, sus enemigos habrian en este caso llorado con él.

Eran las lágrimas sublimes y sinceras de un hombre que se despide de la vida; el postrer lamento que consagraba á la amistad, el que iba á hundirse para siempre en la tumba. Esto desgarraba el corazon.

—Bien, muy bien, le dije, despues de un rato de silencio; llore vd., esto le hará mucho provecho, y aliviará su corazon oprimido con tanto sufrimiento.

—¿Y Otero, y Cumplido, y Prieto, y Rosa? ¿Están buenos? ¿Se acuerdan de mí?

—Justamente de su parte he venido á visitarle á vd. El último nombre que pronunciaron cuando me despedí de ellos, fué el suyo.

—Dígales vd. que hace seis meses que sufro infinitos tormenos fisicos y morales, con la paciencia de Job. ¡Las funciones de la piel paralizadas, mis miembros débiles y sin fuerzas ni aun para moverme, mi cabeza trastornada, mi estómago ardiendo como si tuviera un volcan dentro de él! ¡Dios mio! ¡Dios mio!.... ¡Para mí, que el movimiento y la actividad eran la vida! Seis meses, seis meses he estado postrado en la cama.... y lo que es peor, sin esperanza de remedio. Un instinto me ha hecho venir á Jalapa.... Escobedo lloró de nuevo.

—Es menester valor; estas enfermedades suelen hacer crísis repentinas....

—Bendita sea la religion, continuó sin darse por entendido de mis estériles consuelos, que como dice Chauteaubriand, hace del sufrimiento una virtud. Si me muero, no olviden vdes. decir que he sufrido mucho, mucho; y que ni una queja ha salido de mis lábios; que he bendeeido y bendeciré hasta el último instante de mi vida, la mano que me ha mandado soportar tantas penas.

Luego, esforzándose, quiso tomar un tono mas alegre, y prosiguió.—¿Qué dice el Museo? ¿Adelantan vdes. mucho en sus trabajos literarios?

—Ya lo sabe vd., le respondí, trabajamos cuanto es dable.

—Queria mandarles algo, pero.... imposible; ya digo á vd. que no puedo pensar, ni escribir, que tengo que acallar estos pensamientos de fuego que rompen mi cabeza.... supongo que dirá vd. algo de este Jalapa tan bello, de este vergel que amo con todo mi corazon.... ¿Ha visto vd. el cementerio? Está entre flores, entre naranjos, entre aromas. Las

gentes de este pais viven entre las flores, y duermen en un paraiso el sueño de la muerte.

No pudo continuar, pues su cabeza se debilitó, y yo me despedí prometiéndole verlo otra vez.

A los tres dias, innumerable acompañamiento con hachones, las músicas de los regimientos del canton, y todo lo mas selecto de la poblacion de Jalapa, seguia al Divinísimo que se dirigia á la casa de Escobedo. Recibió con el fervor de un cristiano el cuerpo de Jesucristo, é hizo con calma y tranquilidad sus disposiciones testamentarias.

Yo partí de Jalapa con el sentimiento de saber que pocos dias quedaban de vida al paciente. Con efecto, á los seis dias de haber llegado á México, recibí por el correo la carta siguiente.

ENERO 28 de 1844.

"Querido amigo:—El virtuoso y recomendable D. Pedro Escobedo, ha fallecido á las diez y media de la noche de hoy. Se ha despedido de la vida con la tranquilidad de un justo, y el pesar que tan fatal acontecimiento ha causado á los que le amamos en esta miserable tierra, se ha mitigado al contemplar que ha recibido ya en los cielos el premio que Dios destina á los que ejercieren todas las virtudes, y en particular la de la beneficencia."

Ya que sencillamente he referido al lector la casual é interesante entrevista que tuve con Escobedo, en los últimos dias de la vida de ese hombre amable, cuyo corazon ha cesado de latir, y cuya vasta inteligencia se ha estinguido en el sepulcro, justo se-

rá darle una idea aunque ligera de su vida, pues es posible que no todos le conozcan como los que vivimos en México, y nos honramos con su amistad.

Nació D. Pedro José Alcántara Escobedo y Aguilar, en la ciudad de Querétaro, el dia 19 de Octubre de 1798. La decidida aplicacion que manifestó por el estudio cuando se hallaba en la escuela, decidió á su familia á ponerlo de alumno esterno en el colegio de San Javier de aquella ciudad, donde se distinguió de sus condiscípulos por el arreglo de su conducta, por su aplicacion, y por su claro talento. Tantas prendas del jóven Escobedo fueron premiadas por sus catedráticos, quienes le señalaron los primeros lugares en las respectivas clases, hasta llegar el caso de que tuviese dos oposiciones de Gramática Latina en el *general* del colegio, honor que muy rara vez se concedia á los alumnos esternos.

Su aplicacion no disminuia; así es que habiendo concluido con notorio aprovechamiento el curso de artes, se graduó á los veinte años de edad, en la Universidad de México, el dia 26 de Octubre de 1818. En el mismo año comenzó á estudiar medicina en dicha Universidad, en la escuela nacional de cirujía, y en una de las mejores oficinas de farmácia de esta ciudad. Pasó despues al hospital de San Andres, á servir una de las plazas menores del departamento de cirujía, la segunda de practicante mayor, y en Octubre del año de 1822, que se ecsaminó de cirujano, fué ascendido á la de primero.

En 1824, suscribió su representacion sobre instruccion pública; fué uno de los fundadores de la acade-

mia de medicina práctica, y sirvió ademas la cátedra especial de operaciones que hubo en México, donde dió dos cursos completos, de Enero de 1826, á Julio de 828.

Infatigable en el estudio y en el trabajo, prestó importantes servicios al cuerpo médico militar, particularmente en el canton que se estableció en Jalapa el año de 1832, época que, segun decia, fué la mas feliz de su ecsistencia, pues vivia considerado y querido de todos, en aquel pequeño espacio de tierra tan florido y tan poético.

En 1833 regresó á la capital, y fué nombrado catedrático de operaciones del establecimiento de ciencias médicas, y despues su vice-director. En 1841 trabajó asiduamente en la reforma y ordenamiento de este establecimiento, y prestó servicios importantes, organizando las juntas de sanidad, procurando cuantas ventajas y mejoras le eran posibles para su academia, y favoreciendo con su influjo á la de farmácia, pues consiguió un pago de un crédito destinado para costear la impresion de la interesante obra "*Farmacopea mexicana.*"

Procedente Escobedo de una familia honradísima y virtuosa, pero pobre, le hemos visto comenzar sus estudios de alumno esterno; le hemos visto pasar abatido y oscuro la primera época de su vida, y grangeándose á fuerza de constancia y de estudio, el amor de sus maestros y el premio de las catédras. Despues, como el jóven consideraba que el único patrimonio que tenia era su talento, y los estudios el único medio de procurarse una honrosa posicion so-

cial, vimos de improviso aparecer entre nosotros el hombre ya maduro, con un rico caudal de talento, de ciencia y de virtudes.

Quizá el penoso trabajo que costó á Escobedo labrar su carrera, le inspiró una profunda veneracion por el infortunio, y grabó en su alma los sentimientos de caridad y filantropía que ha sido uno de sus mas limpios y hermosos timbres.

Comprendió en toda su latitud la filosofia de la profesion médica, y jamas la miró, segun hacen muchos, como un ramo de especulacion. El corazon de Escobedo jamas perdió su sensibilidad, ni fué indiferente á ese cúmulo de miserias y males que agobian á la pobre humanidad, y que el médico tiene que precenciar diariamente. Cuando se trataba de la vida de un hombre, emprendia una atrevida lucha con la muerte, revolvia sus libros, recordaba sus esperiencias, estudiaba en su bufete aun en las horas mas avanzadas de la noche, y al dia siguiente iba á recoger las lágrimas, los suspiros y las quejas del moribundo, con el amor de un padre. Era menester caer de rodillas ante el hombre que pasaba horas enteras en la sucia pocilga de un desdichado, á quien le volvia la salud, ministrándole grátis las medicinas, y sacando muchas veces dinero de la bolsa para socorrer á la familia desolada.

De estas páginas hermosas y sublimes se compone la vida de Escobedo.

Comprendió tambien que el abandono en que estaba la medicina en la república era perjudicial y lamentable; que era necesario organizar un estableci-

miento donde esta juventud inteligente y estudiosa de la república comprendiera que la profesion de estudiar las plantas y las sustancias que el Señor ha criado en la tierra para alivio del hombre, es una profesion sublime, es un santo y hermoso estudio el de arrancar á la naturaleza sus secretos, para hacer en la cabecera de los enfermos el oficio de los ángeles, y quitarles sus dolencias, volverles el carmin á sus megillas, la fuerza á sus miembros, y la inteligencia á su cerebro; que por último, la mision de un médico no es la de un vil y descuidado especulador, sino la de un bienhechor que tiene estrecha obligacion de repartir los tesoros de la ciencia.

Así comprendia Escobedo la medicina, así la practicó, así queria, como un nuevo filósofo, enseñar á esos discípulos de la Escuela de medicina, que amaba como á sus hijos, y para quienes tenia ablerta su casa, sus instrumentos, sus libros, su bolsa, y su corazon noble y generoso.

Dia por dia fué creciendo la reputacion, y fama de Escobedo; dia por dia ensanchó el círculo de sus amigos, y dia por dia se alzaban nuevas manos al cielo para pagarle con santas bendiciones y dulces lágrimas, los actos de su beneficencia.

Circunstancias que están al alcance de todos le grangearon la amistad de S. E. el general Santa-Anna. Fué esta una bella oportunidad para Escobedo, no para medrar, ni para hacer su fortuna, sino para emplear su influjo en favor del colegio de medicina, de un colegio que era todo su anhelo, su único y constante pensamiento. Un hecho que hace honor

á Escobedo es, el de que los 100 pesos que percibia como catedrático, los empleaba en libros é instrumentos, para distribuirlos entre sus discípulos.

Tantas y tan recomendables cualidades, patentes á la vista de todo el mundo, hicieron que las sociedades de Instruccion pública y Literatura quisieran tener el honor de contarlo entre sus socios. Así es que fué nombrado socio corresponsal de las academias médicas de Madrid, de Paris y de Guadalajara, miembro de la sociedad lancasteriana de esta capital, de la academia de Bellas Artes, de la de literatura de San Juan de Letran, del Ateneo mexicano, de la junta directiva de estudios, del consejo de salubridad, y de otras corporaciones, porque se ha dicho, que el talento de Escobedo era colosal, su deseo por la instruccion pública, ardiente, y su constancia en el trabajo, inaudita. Cuando sus atenciones y las innumerables juntas y sociedades á que tenia que asistir, le dejaban tiempo libre, entonces se dedicaba á los tranquilos estudios literarios, y religioso y sensible se estasiaba con la lectura de La-Martine y Chateaubriand, sus autores favoritos, que amaba con delirio. El Mosaico, el Museo y el Siglo XIX, se honraban con publicar correctas traducciones y curiosos artículos originales de Escobedo.

En nuestro pais, la política, que siempre arrebata á los hombres la quietud de su estudio, no perdonó á Escobedo, y fué electo diputado notable, y últimamente senador al congreso actual.

Tanta fatiga y estudio debilitaron poco á poco los órganos de su estómago, hasta que apareció la enfer-

medad con síntomas graves. Fuése á mudar temperamento á Tacubaya, y agravándose dia por dia, un instinto natural lo llevó á Jalapa, donde despues de largos sufrimientos murió el dia 28 de Enero, de la manera que queda referido, á los 45 años tres meses de su edad, cuando todavía la humanidad, la ciencia y la literatura, tenian mucho que esperar de él. Estas pérdidas no se reparan fácilmente, y el corazon se contrista cuando pensamos que pasa mucho tiempo para que sea reemplazado un hombre de las eminentes prendas de Escobedo.

Una tarde nublada, y á los 18 dias despues del fallecimiento de Escobedo, multitud de coches y de personages vestidos de luto, y de lo mas selecto y escogido de la sociedad mexicana, estaban agrupados en la tétrica iglesia de San Lázaro. A poco, un carro fúnebre con cuatro lindos caballos, con grandes penachos y ricos arneses de luto, comenzó á andar: dentro estaba un ataud y dentro del ataud el cuerpo de D. Pedro Escobedo. Detrás marchaban tristes y silenciosos, médicos, abogados, ministros, militares, poetas y literatos. Todos eran amigos de D. Pedro Escobedo.

El cadáver quedó depositado en la capilla del colegio de San Ildefonso, y á los dos dias, en medio de una gran procesion funeral que ocupaba tres cuadras, fué conducido el ataud del maestro, en hombros de sus discípulos, á la santa iglesia de la Merced, donde debia finalmente reposar el sábio y virtuoso va-

ron, al lado de su pequeñita hija, ángel que voló al cielo, y que prestó á su padre sus alas de armiño, para que tambien subiera á descansar en el seno de Dios.

La comitiva fúnebre regresó al *general* de San Ildefonso, donde todos los colegios y corporaciones científicas, pronunciaron elogios fúnebres á la memoria de Escobedo. Estos funerales han sido acaso unos de los mas solemnes que ha visto México.

De esta manera han sido honradas las virtudes de Escobedo; de esta suerte la sociedad mexicana, imparcial y justa, ha llenado de flores la tumba de un hombre pacífico, cuya vida se deslizó sin pompa, cuya muerte fué la de un justo, y cuyos funerales han sido los de un rey.

Los editores del Museo, al trazar estos ligeros recuerdos de Escobedo, tambien arrojamos sobre su sepulcro una flor, tal vez mústia y marchita; pero empapada con las sinceras lágrimas de la amistad.

Manuel Payno.